

la sinrazon de la envidia y lo falso de su celo, y propuso por conveniencia se remitiese la causa á juicio de un tercero, y ése fuese la vulpeja por sábia, y tambien por desapasionada. Convocáronse las partes y sujetáronse al astuto arbitrio.

Aquí la vulpeja se valió de todo su artificio para cumplir con todos juntamente, lisonjear al leon y no descontentar al águila, hacer justicia y no perder amistades; y así, muy á lo sagaz dijo de esta suerte:

«Política contienda es que importe más la realidad ó la apariéncia. Cosas hay muy grandes en sí, y que no lo parecen; y al contrario, otras que son poco y parecen mucho; ¡ordinaria monstruosidad! Tanto puede la ostentacion ó la falta de ella; mucho suple, mucho llena; y si en las cosas materiales califica, como es en el adorno, en el menaje y séquito, ¿qué será en las verdaderas prendas del ánimo, que son gala del entendimiento y belleza de la voluntad? Especialmente cuando le llega su vez á una prenda y la sazón lo pide, allí cae bien el ostentar. Lógrese la ocasion, que aquél es el día de su triunfo.

»Hay sujetos bizarros en quienes lo poco luce mucho, y lo mucho hasta admirar hombres de ostentativa, que cuando se junta con la eminencia, forman un prodigio; al contrario, hombres vimos eminentes, que por faltarles este realce, no parecieron la mitad. Poco há que aterraba todo el mundo un gran personaje en las campañas, y metido en una consulta de guerra, temblaba de todos, y el que era para hacer no lo era para decir. Hállanse tambien naciones ostentosas por naturaleza, y la española con superioridad; de suerte que la ostentacion da el verdadero lucimiento á las heroicas prendas y como un segundo sér á todo.

»Mas esto se entiende cuando la realidad la afianza, que sin méritos no es más que un engaño vulgar; no sirve sino de placear defectos, consiguiendo un aborrecible desprecio, en vez del aplauso. Danse gran prisa algunos por salir y mostrarse en el universal teatro, y lo que hacen es placear su ignorancia, que la desmentia el retiro; no es ésta ostentacion de prendas, sino un necio pregon de sus defectos; pretenden, en vez del timbre de su esplendor, una nota que infame sus desaciertos.

»Ningun realce pide ser ménos afectado que la ostentacion, y perece siempre de este achaque, porque está muy al canto de la variedad, y ésta del desprecio. Ha de ser muy templada y muy de la ocasion; que es áun más necesaria la templanza del ánimo que la del cuerpo; va en ésta la vida material, y la moral en aquélla; que áun á los yerros los dora la templanza.

»A veces consiste más la ostentacion en una elocuencia muda, en un mostrar las eminencias al descuido; y tal vez un prudente disimulo es plausible alarde del valor, que aquel esconder los méritos es un verdadero pregonarlos, porque aquella misma privacion pica más en lo vivo á la curiosidad.

»Válese, pues, de este arte con felicidad y se realiza más con el artificio; gran treta suya no descubrirse toda de una vez, sino ir por brújula, pintando su

perfeccion y siempre adelantándola, que un realce sea llamado de otro mayor, y el aplauso de una prenda nueva espectacion de la otra, y lo mismo en las hazañas, manteniendo siempre el aplauso y cebando la admiracion.

»Mas viniendo ya á nuestro punto, digo, y lo siento así, que sería una imposible violencia concederle al pavon la hermosura y negarle el alarde. Ni la naturaleza sábia vendrá en ello, que sería condenar su providencia, y contra su fuerza no hay preceptos donde no tercie la política razon, y áun entónces, lo que la horca destierra con su miedo, la naturaleza lo revoca de potencia.

»Más práctico será el remedio, tan fácil como eficaz, y sea éste: que se le mande seriamente al pavon, y criminalmente se le ordene, que todas las veces que despliegue al viento la variedad de su bizarría, haya de recoger la vista á la fealdad de sus piés, de modo que el levantar plumajes y el bajar los ojos todo sea uno; que yo aseguro que esto sólo baste á reformar su ostentacion. »Aplaudieron todas el arbitrio, obedeció él y deshízose la junta, despachando una de las aves á suplicar al donosamente sabio Esopo se dignase de añadir á los antiguos este moderno y ejemplar suceso.

NO RENDIRSE AL HUMOR.

INVECTIVA.

Rey es de los montes el celebrado Olimpo, no porque se descuella sobre los más erguidos, obligacion de la superioridad; no porque se ostenta á todas partes, objeto de imitacion la grandeza; no porque es el primero que esplendoriza los solares rayos, centro de lucimiento la majestad; no porque se corona de estrellas, ápice de la felicidad la primacía; no porque llega á dar ó á tomar nombre al mismo cielo, asunto de la fama el mando. Si, empero, porque nunca se sujeta á vulgares peregrinas impresiones; que es el mayor señorío el de sí mismo. Cuando mucho, llegan á besarle el pié los vientos, á ser su alfombra las nubes, y no pasan de ahí; con esto nunca se inmuta, que es una inapasionable eminencia.

Una gran capacidad no se riñe á la vulgar alternacion de los humores, ni áun de los afectos; siempre se mantiene superior á tan material destemplanza. Es efecto grande de la prudencia de reflexion sobre sí, un reconocer su actual disposicion, que es un proceder como señor de su ánimo; indignamente tiraniza á muchos el humor que reina, ordinaria vulgaridad, y llevados de él dicen y hacen desaciertos. Apoyan hoy lo que ayer contradecian, arriman á veces la razon y áun la atropellan, quedando perenales en juicio, que es la más calificada necedad.

A estos tales no hay que tomarles en razon la que no tienen, porque de hoy á mañana contradictoriamente se empeñan; y siendo contrarios primero de sí mismos, contradicen despues á cuantos hay; mejor es, conociendo su desabrimiento, dejarlos en su confusion, que cuanto más empeñan, más se despeñan.

heres de presuncion á licenciados de malicia, monstruos de la impertinencia.

TENER BUENOS REPENTES.

PROBLEMA.

Érase el rayo el arma más cierta del fabuloso Júpiter, en cuya instantánea potencia libraba sus mayores vencimientos. Con rayos triunfó de los rebelados gigantes; que la presteza es madre de la dicha. Ministrábalos el águila, porque realces de prontitud salieron siempre de remontes de ingenio.

Hombres hay de excelentes pensados, y otros de extremados repentes; éstos admiran, aquéllos satisfacen.

Harto presto si hartó bien, dijo el sabio; nunca examinamos en las obras la presteza ó la tardanza, sino la perfeccion; por aquí se rige la estimacion, son aquéllos accidentes que se ignoran ó se olvidan, y el acierto permanece. Antes bien lo que luego se hizo, luego se deshará, y se acaba presto, porque presto se acabó. Cuanto más tiernos sus hijos, se los traga Saturno con más facilidad; y lo que ha de durar una eternidad, ha de tardar otra en hacerse.

Pero si á todo acierto se le debe estimacion, á los repentinos aplauso; doblan la eminencia por lo pronto y por lo feliz, piensan mucho algunos, para errarlo todo despues; y otros lo aciertan todo, sin pensarlo ántes. Suple la vivacidad del ingenio la profundidad del juicio, y previene el ofrecimiento á la consultacion. No hay acasos para éstos, que la lealtad de su prontitud sustituye á la providencia.

Son los prestos lisonjas del buen gusto, y los repentes hechizo de la admiracion, y por esto tan plausibles; salen más las medianas impensadas que los superlativos prevenidos. No decia mucho, aunque bien, el que decia: «El tiempo y yo, á otros dos; el sin tiempo y yo, á cualquiera.» Esto sí que es decir, y más hacer. Quien dice tiempo, todo lo dice; el consejo, la providencia, la sazón, la madurez, la espera, fianzas todas del acierto; pero el repente sólo se encomienda á su prontitud y á su ventura.

Despues que la providencia previene, la prudencia dispone y la sazón asiste, suele abortar la ejecucion; pues que una prontitud á solas saque á luz sus aciertos, aplaudásele su dicha y su valor; campee el acertar de una presteza á vista del errar de un reconsejo.

Atribuyen algunos estos aciertos á sola la ventura, y debieran tambien á una perspicacia prodigiosa; á quien no reconoce deuda este realce de héroes es al arte; todo lo agradece á la naturaleza y á la dicha. No cabe artificio donde apénas la advertencia socorra la facilidad del concebir, donde no hay lugar para discurrir; y la facilidad del ofrecerse, donde no hubo tiempo para pensarse; ayúdase del señorío contra el ahogo, y del despejo contra la turbacion, y con esto muy señora la prontitud de la dificultad y de sí misma, no llega, ve y vence, sino que vence, y despues ve y llega.

Hace exámen de su vivacidad en los más apretados lances, y obra deposicion su inteligencia. Suele un

Todo lo contradicen con Saturno, y todo lo otorgan con Júpiter, sin salir de su casa de la Luna. No sólo gasta la voluntad esta civilidad, sino que se atreve al juicio; todo lo altera el querer y el entender, así como toda pasion, si no se previene.

Importará mucho conocer esta destemplanza de humor para vencerla, y áun entónces convendrá declinar al otro extremo, si ha de dejar alguna vez la acertada medianía para ajustar el fiel de la prudencia.

Gran superioridad de caudal arguye prevenir su humor y corregirlo, que es indisposicion del ánimo, y hase de portar el sabio en ella, como en las del cuerpo, que no condenan por amargo el almíbar, por más que el gusto enfermo lo acuse, corrígelo el juicio; así, pues, se ha de proceder en las alteraciones superiores.

Hay algunos tan extremados impertinentes, que siempre están de algun humor, siempre cojean de pasion, intolerables á los que los tratan, padrastros de la conversacion y enemigos de la afabilidad, que malogran todo rato de buen gusto. Son de ordinario grandes contradecedores de todo lo bueno y padrinos de toda la necedad; á cada razon tienen su contra, oponiéndose luego á lo que el otro dice, no más de porque se adelantó; si no les hubiera ganado de mano, triunfáran ellos con lo mismo; y si el otro discreto cede, y áun se hace de su banda, por no atajar el decoro, al punto ellos se pasan á la contraria, con que se halla atajada la mayor discrecion; sin duda que son más irremediables que los verdaderos locos, porque con éstos vale el hacerse de su tema, pero con aquéllos es peor; ni valen razones, porque como no la tienen, no la admiten.

Quien no tiene usado el genio de esta gente, que hay naciones enteras tocadas de este achaque, admírase á los principios de tan exótica monstruosidad; pero en sondando el extravagante porte, hace graciosísimo deporte; que el cuerdo de todo sale airoso por el atajo de la galantería.

Mas cuando dos de una misma mal humorada impertinencia topan y se empeñan, estése á la mira el varon cuerdo, no tercie, que yo le afianza el mejor rato, con tal que asegure su partido y mire desde la talaquera de su cordura los toros de la necedad ajena.

Que alguna, rara vez y con sobra de ocasion se destemple y áun se desazone uno, no será vulgaridad; que el nunca enojarse es querer ser bestia siempre. Pero la perenal destemplanza y con todo género de personas es una intolerable grosería. El sinsabor que ocasionó el esclavo, no ha de ser desabrimiento de la ingenuidad; mas quien no tiene capacidad para conocerse, ménos tendrá valor para enmendarse.

De aquí nace que estos tales, muy pagados de su paradoxia, solicitan la ocasion y andan á caza de empeños, van á la conversacion como á contienda, levantan las porfias, y hechos arpas insufribles del buen gusto, todo lo arañan con sus acciones y todo lo desazonan con sus palabras. ¿Pues qué, si les coge este picante humor algo leídos, aunque sepan las cosas á lo necio, que es mal sabidas? Se pasan luego de bachi-

aprieto aumentar el valor, así una dificultad la perspicacia. Cuanto más apretados, hay algunos que discurren más, y con el acicate de la mayor urgencia vuelan; á mayor riesgo, mayor desempeño; que hay también superior antiparistasi, que aumenta la intension á la inteligencia, y sutilizando el ingenio, engorda sustancialmente la prudencia.

Bien es verdad que se hallan monstruos de cabeza, que de repente todo lo aciertan, y todo lo yerran de pensado. Hay algunos que lo que no se les ofrece luego, no se les ofrece más; no hay que esperar al consejo, ni apelar á despues. Pero ofrecérseles mucho; que recompensó la naturaleza prouida con la eminente prontitud la falta del pensar, y en fe de su acudir, no temen contingencias.

Son muy útiles sobre admirados estos repentos. Bastó uno á acreditar á Salomon del mayor sabio, y le hizo más temido que toda su felicidad y potencia. Por otros dos merecieron ser primogénitos de la fama Alejandro y César. Célebre fué el de aquél al cortar el nudo Gordiano, y plausible el de éste al caer; á entrambos les valieron dos partes del mundo dos repentos, y fueron el exámen de si eran capaces del mando del mundo.

Y si la prontitud en dichos fué siempre plausible, la misma en hechos merece aclamacion; la presteza feliz en el efecto arguye eminente actividad en la causa; en los conceptos, sutileza; en los aciertos, cordura; tanto más estimable, cuanto va de lo agudo á lo prudente, del ingenio al juicio.

Prenda es ésta de héroes que los supone y los acredita, arguye grandes fondos y no menores altos de capacidad. Muchas veces la reconocimos con admiracion y la ponderamos con aplauso, en aquel tan grande héroe, como patron nuestro, el excelentísimo duque de Nochera, don Francisco María Carrafa, á cuya prodigiosa contextura de prendas y de hazañas, bien pudo cortarla el hilo la suerte, pero no mancharla con el fatal licor de aquellos tiempos. Era máximo el señorío que ostentaba en los casos más desesperados, la imperturbabilidad con que discurría, el despejo con que ejecutaba, el desahogo con que procedía, la prontitud con que acertaba; donde otros encogian los hombros, él desplegaba las manos. No habia impensados para su atencion, ni confusiones en su vivacidad, emulándose lo ingenioso y lo cuerdo; y aunque le faltó al fin la dicha, no la fama.

En generales y campeones ésta es la ventaja mayor, tan urgente cuan sublime; porque casi todas sus acciones son repentos, y sus ejecuciones prestezas; no se pueden llevar allí estudiadas á las contingencias, ni prevenidos los acasos; hase de obrar á la ocasion, en que consiste el triunfo de una acertada prontitud, y sus victorias en ella.

En los reyes dicen mejor los pensados, porque todas sus acciones son eternas; piensan por muchos, válese de prudencias auxiliares, y todo es menester para el universal acierto. Tienen tiempo y lecho donde se maduren las resoluciones, pensando las noches enteras para acertar los dias; y al fin ejercitan más la cabeza que las manos.

CONTRA LA FIGURERÍA.

SATIRICON.

Reparo fué en los advertidos, si risa en los necios, el discurrir. Diógenes con la entorcha encendida al mediodia, rompiendo por el innumerable concurso de una calle, pasó á admiracion cuando, preguntándole la causa, respondió: «Voy buscando hombres con deseo de encontrar alguno, y no le hallo. — ¿Pues y éstos, le replicaron ellos, no son hombres? — No, respondió el filósofo; figuras de hombres, sí; verdaderos hombres, no.»

Así como hay prendas plausibles, así también hay defectos muy salidos; y si aquéllas consiguen la gracia de los exquisitos, éstos el desprecio universal. Es éste de los más notables, y famoso con propiedad, ya por sí, ya por los sujetos en quien se halla; él es tan vario, que es análogo, y ellos tantos, que no se pueden especificar.

Son muchos los terreros de la risa, y aquéllos afectadamente lo quieren ser, que por diferenciarse de los demás hombres, siguen una extravagante singularidad y lo observan en todo. Señor hay que pagaría el poder hablar por el colodrillo, por no hablar con la boca como los demás; y ya que no es posible eso, transforman la voz, afectan el tonillo, inventan idiomas y usan graciosísimos bordones, para ser de todas maneras peregrinos. Sobre todo martirizan su gusto, sacándolo de sus quicios; él es comun con los demás hombres y aún con los brutos, y quiérenlo ellos desmentir con violencias de singularidad, que son más castigo de su afectacion, que elevaciones de su grandeza. Beberán á veces lejía, y la celebrarán por néctar; dejan al generoso rey de los licores por antojadizas aguas que repiten á jarabes, y ellos las bautizan por ambrosía, y tienen de frialdad lo que les falta de generosidad. De esta suerte inventan cosas cada dia para llevar adelante su singularidad, y realmente lo consiguen, porque el comun de los hombres no halla en estas cosas el verdadero gusto y la real bondad que ellos exageran; no las apetece, y quédanse ellos con su extravagancia; llámanla otros impertinencia.

De este modo, ó tan sin él, se portan en todo lo demás. Si bien la necesidad y aún el gusto tal vez desmiente su capricho, por más que procuren engañarlo. Sábeles bien uno y alaban otro, como le sucedió á un gran valedor de esta secta de excepciones, que bebiendo un caduco vino, no pudiendo contenerse, exclamó y dijo: «¡Oh, preciosísimo néctar, que vences á los bálsamos y alquermes! Lástima es que seas tan vulgar; ídolo fueras de príncipes, si ellos solos te bebieran.»

Lo célebre es que en los vulgares vicios no se corren de asemejar, no digo ya á los más viles de los hombres, pero á los mismos brutos; y á las cosas humanas quieren dictar divinidades.

En las acciones heroicas dice bien la singularidad, ni hay cosa que concilien más que veneracion en las hazañas. En la alteza del espíritu y en los altos pensamientos consiste la grandeza. No hay hidalguía como

la del corazón, que nunca se abate á la sutileza. Es la virtud carácter de heroicidad, en que dice muy bien la diferencia. Han de vivir con tal lucimiento de prendas los príncipes, con tal esplendor de virtudes, que si las estrellas del cielo, dejando sus celestes esferas, bajáran á morar entre nosotros, no vivieran de otra suerte que ellos.

¿Qué aprovecha la fragancia de los ámbares, si la desmiente la hediondez de las costumbres? Bien pueden embalsamar el cuerpo, pero no inmortalizar el alma. No hay olor como el del buen nombre, ni fragancia como la de la fama, que se percibe de muy lejos, que conforta los atentos y va dejando rastro de aplauso por el teatro del mundo, que durará siglos enteros.

Pero así como á los unos los hace aborrecibles, y aún intratables, esta enfadosa afectacion, que todos los cuerdos la silban, así á otros los hace singulares el no querer serlo y ménos padecerlo. Este vivir á lo práctico, un acomodarse á lo corriente, un casar lo grave con lo humano, hizo tan plausible al excelentísimo Conde de Aguilar y Marqués de la Hinojosa, segundo Mecénas nuestro; hacíase á todos, y así era á modo de todos; que hasta los enemigos le aplaudieron vivo y le lloraron muerto. Oí decir de él á muchos y muy cuerdos: «Éste sí que sabe ser señor sin figurerías»; elogio digno de un tan gran héroe.

Otro género hay de éstos, que no son hombres, y son aún más figuras; pues si los primeros son enfadosos, éstos son ya ridículos; aquellos, digo, que ponen el diferenciarse en el traje y singularizarse en el porte; aborrecen todo lo práctico, y muestran una como antipatía con el uso; afectan ir á lo antiguo, renovando vejedades. Otros hay que en España visten á lo frances y en Francia á lo español, y no falta quien en la campaña sale con golilla y en la corte con valona, haciendo de esta suerte celebrados matachines, como si necesitase de sainetes la figsa.

Nunca se ha de dar materia de risa ni á un niño, cuanto ménos á los varones cuerdos y juiciosos; y hay muchos que parece que ponen todo su cuidado en dar qué reir, y que estudian cómo dar entretenimiento á las habillitas. El dia que no salen con alguna ridícula singularidad, lo tienen por vacío; pero ¿de qué pasaría la figsa de los unos, sin la figurería de los otros? Son unos vicios materia de otros; de esta suerte la necesidad es pasto de la murmuracion.

Pero si la singularidad frívola en la corteza del traje es una irrision, ¿qué será la del interior, digo del ánimo? Hay algunos que parece que les calzó la naturaleza el gusto y el ingenio al reves, y lo afectan por no seguir el corriente. Exóticos en el discurrir, paradoxos en el gustar y anómalos en todo; que la mayor figurería es sin duda la del entendimiento.

Ponen otros su capricho en una vanísima hinchazon, nacida de una loca fantasia y forrada de necesidad; con esto afectan una enfadosa gravedad en todo y con todos, que parece que honran con mirar y que hablan de merced. Hay naciones enteras tocadas de este humor, que si para uno de éstos no tiene espera la risa, ¿qué será en tan ridícula pluralidad?

Sea el decir con juicio, el obrar con decoro, las costumbres graves, las acciones heroicas; que esto hace á un varon venerable, que no fantásticas presunciones. Ni da de censura este crítico discurso la verdadera gravedad, que atiende siempre á su decoro; aquel nunca rozarse en conservar la flor del respeto, y como en la funda de su fondo de la estimacion. Condena, sí, el exceso de una vana singularidad, que toda viene á parar en inútiles afectaciones.

Peró ¿qué remedio habria tan eficaz, que curase á todos éstos de figuras, y los volviese al sér de hombres? Pues de verdad que lo hay, y es infalible. Dejo la cordura, que es el remedio comun de todos males, y voy al singular de la singularidad. El remedio de todos éstos es poner la mira en otro semejante afectado, paradoxo, extravagante, figurero; mirarse y remirarse en este espejo de yerros, advirtiendo la risa que causa y el enfado que solicita, ponderando lo feo, lo ridículo, lo afectado de él, ó por mejor decir, propio en él; que esto sólo bastará para hacer aborrecer eficazmente todo género de figurería, y aún temblar del más leve asomo, del más mínimo amago de ella.

EL HOMBRE EN SU PUNTO.

DIÁLOGO ENTRE EL DOCTOR DON MANUEL SALINAS Y LIZANA, CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE HUESCA, Y EL AUTOR.

AUTOR.

Notable singularidad la de los persas, no querer ver sus hijos hasta que tenían siete años. El mismo paternal amor, que es el mayor, sin duda no era bastante á desmentir, ó por lo ménos disimular, las imperfecciones de la comun niñez. No los tenían por hijos hasta que los veían discurrir.

CANÓNIGO.

Pero si un padre no puede sufrir á un ignorante hijuelo, y espera siete años la hermosísima razon para admitirle á su comunicacion ya capaz, ¿que mucho que un varon entendido no pueda tolerar un necio extraño, y que lo extrañe á su culta familiaridad?

AUTOR.

No conduce la naturaleza, aunque tan prouida, sus obras á la perfeccion el primer dia, ni tampoco la industriosa arte; vanlas cada dia adelantando, hasta darles su complemento.

CANÓNIGO.

Así es que todos los principios de las cosas son pequeños, aún de las muy grandes, y vase poco á poco llegando al mucho mucho del perfecto sér. Las cosas que presto llegan á su perfeccion, valen poco y duran ménos; una flor, presto es hecha y presto deshecha; mas un diamante, que tardó en formarse, apela para eterno.

AUTOR.

Sin duda que esto mismo sucede en los hombres, que no de repente se hallan hechos. Vanse cada dia perfeccionando, al paso que en lo natural en lo moral, hasta llegar al deseado complemento de la sin-

déresis, á la sazón del gusto y á la perfección de una consumada utilidad.

CANÓNICO.

Es tan cierto eso, que á cada paso vemos, y lo censuramos en algunos, que realmente saben y discurren; pero se conoce que aún no están del todo hechos, que aún les falta un algo, y á veces lo mejor; y hay más y menos en esto, que va también por grados la discreta intension. Unos están muy á los principios de lo entendido, pero se harán. Otros hay más adelantados en todo, y algunos que han ya llegado al complemento de prendas; que es menester mucho para llegar á ser un varón totalmente consumado.

AUTOR.

Al modo, diría yo, que el generoso licor que es bueno, y más si es bueno el vino; tiene cuando comienza una ingratisima dulzura, una insuave rigidez, como no está aún hecho; pero en comenzando á hervir, comienza á desecarse, pierde con el tiempo aquella crudeza primitiva, corrige aquella enfadosa dulzura y cobra una suavísima generosidad, que hasta con el color lisonjea y con su fragancia solicita, y ya en su punto es pasto de hombres y aún celebrado néctar. Con que entiendo por qué de Júpiter fingieron que introdujo el abortivo hijuelo Baco, no en la boca desapacible al gusto por lo imperfecto, sino en la rodilla, reservando para la discreta Pálas el cerebro.

CANÓNICO.

Á ese modo, en el vaso frágil del cuerpo se va perfeccionando de cada día el ánimo. No luego está en su punto. Tienen todos los hombres á los principios una enfadosa dulzura de la niñez, una suave rudeza de la mocedad; aquel resabio á los deleites, aquella inclinación á cosas poco graves, empleos juveniles, ocupaciones frívolas; y aunque tal vez en algunos, y bien raros, se anticipe la madurez, concócese que es ántes de tiempo en lo desazonado; quiere desmentir en otros la seriedad, ó natural ó afectada, estas imperfecciones de la edad, mas luego se descuida y desliza en juveniles desaires, dando á entender que aún no estaba en el punto de la entereza.

AUTOR.

Gran médico es el tiempo, por lo viejo y por lo experimentado.

CANÓNICO.

Él solo puede curar á uno de mozo, que verdaderamente es achaque. En la mayor edad son ya mayores y más levantados los pensamientos, realzase el gusto, purificase el ingenio, sazónase el juicio, desease la voluntad; y al fin hombre hecho, varón en su punto, es agradable y aún apetecible al comercio de los entendidos. Conforta con sus consejos, calienta con su eficacia, deleita con su discurso, y todo él huele á una muy viril generosidad.

AUTOR.

Pero ántes de sazónarse, ¡qué aspereza nos brindan en todo, qué insuavidad en el entendimiento, qué acedia en el trato, qué desazon en el porte!

CANÓNICO.

¡Pero qué tormento es para un hombre ya maduro y cuerdo, haberse de ajustar, ó por necesidad ó por conveniencia, á uno de estos desazonados y no hechos! Bien puede competir y aún exceder á aquel de Falaris, cuando ataba un vivo con un muerto mano á mano y boca á boca, por ser éste de las almas, donde se apura el entendimiento.

AUTOR.

Revuelve despues ya cuerdo sobre sus pasadas imperfecciones, reconoce ya con seso los borrones de su ignorancia ó imprudencia, acusa su mal gusto y ríese de sí mismo liviano, ahora grave, condenando con juiciosa refleja los apasionados desaciertos, en los elementos de su imperfección.

CANÓNICO.

El mal es que algunos nunca llegan á estar del todo hechos, ni llegarán jamás á ser cabales.

AUTOR.

Es que les falta alguna pieza, ya en el gusto, que es harto mal, ya en el juicio, que es peor.

CANÓNICO.

Y muchas veces advertimos que les falta algo, y no acertamos á definir lo que es.

AUTOR.

También tengo observado que anda muy desigual el tiempo en hacer los sujetos.

CANÓNICO.

Es que para unos vuela y para otros cojea; ya se vale de sus alas, ya saca sus muletas. Hay algunos que muy presto consiguen la perfección en cualquier materia, hay otros que tardan en hacerse, y á veces con daño universal, por serlo la obligación. Que no sólo en la perfección común de la prudencia se van haciendo los hombres, sino en las singulares de cada estado y empleo.

AUTOR.

¿De modo que se hace un rey?

CANÓNICO.

Sí, que no se nace hecho; gran asunto de la prudencia y de la experiencia, que son menester mil perfecciones para que llegue á tan grande complemento. Hácese un general á costa de su sangre y de la ajena, un orador despues de mucho estudio y ejercicio; hasta un médico, que para levantar á uno de una cama echó ciento en la sepultura. Todos se van haciendo, hasta llegar al punto de su perfección.

AUTOR.

Y pregunto, ¿ese punto á que llegaron, será fijo?

CANÓNICO.

Ésa es la infelicidad de nuestra inconstancia. No hay dicha, porque no hay estrella fija de la luna acá; no hay estado, sino continua mutabilidad en todo. O se crece ó se declina, desvariando siempre con tanto variar.

AUTOR.

De modo que sigue lo moral á lo natural, descaece con la edad la memoria y aún el entendimiento.

CANÓNICO.

Y aún por eso conviene lograrlo en su sazón y sa-

ber gozar de las cosas en su punto, y mucho más de los varones entendidos.

AUTOR.

Mucho es menester para llegar al colmo de perfecciones y de prendas.

CANÓNICO.

Macea primero Vulcano, y despues contribuye el número; sobre los favores de la naturaleza asienta bien la cultura, digo la estudiosidad, y el continuo trato con los sabios, ya muertos, en sus libros, ya vivos, en su conversacion; la experiencia fiel, la observacion juiciosa, el manejo de materias sublimes, la variedad de empleos; todas estas cosas vienen á sacar un hombre consumado, varón hecho y perfecto; y concócese en lo acertado de su juicio, en lo sazónado de su gusto; habla con atencion, obra con detencion; sabio en dichos, cuerdo en hechos, centro de toda perfección.

AUTOR.

Ahora digo que no hay bastante aprecio para un hombre en su punto.

CANÓNICO.

Hay logro, ya que no aprecio, buscándole para amigo, granjeándole para consejero, obligándole para patron y suplicándole para maestro.

DE LA CULTURA Y ALIÑO.

FICCION HEROICA.

Fué tu padre el artificio, Quiron de la naturaleza; naciste de su cuidado, para ser perfección de todo; sin tí, las mayores acciones se malogran y los mejores trabajos se deslucen. Ingenios vimos prodigiosos, ya por lo inventado, ya por lo discurredo; pero tan desaliñados, que ántes merecieron desprecio que aplauso.

El sermón más grave y docto, fué desazonado sin tu gracia; la alegación más autorizada, fué infeliz sin tu aseo; el libro más erudito, fué asqueado sin tu ornato; y al fin, la inventiva más rara, la elección más acertada, la erudición más profunda, la más dulce elocuencia, sin el realce de tu cultura, fueron acusadas de una indigna vulgar barbaridad y condenadas al olvido.

Al contrario, otras vemos que si con rigor se examinan, no se les conoce eminencia, ni por lo ingeniosos ni por lo profundo; y con todo eso son plausibles, en fe de lo aliñado. Lo mismo acontece á todas las demas prendas, por ser transcendental tu perfección; venció la fealdad á la belleza muchas veces socorrida del aliño, y malogróse otras tantas por descuidada la hermosura; fiase de sí la perfección, y siempre los confiados fueron los vencidos. Cuanto mayor la gala, si desaliñada, es más deslucida; porque la misma bizarría está pregonando el perdido aseo; contigo, al fin, lo poco parece mucho, y sin tí lo mucho pareció nada.

Tuviste por madre á la buena disposición, aquella que da su lugar á cada cosa, aquella que todo lo concierta. Consiste mucho el aseo en estar cada parte en

V.-F.

su puesto. Que fuera de su centro, todo lo natural padece violencia y todo lo artificial desconcierto. Una misma casa para una estrella es de exaltación, y para otra de detrimento; que segun es el lugar, es el brillar. La turbación causa confusión, y ésta enfado. Lo que no está compuesto, no es más que una rudísima indigesta balumba, asqueada de todo buen gusto; las cosas bien compuestas, á más de lo que alegran con el desembarazo, deleitan con su concierto.

Frustrada quedaria lastimosamente la buena elección de las cosas, si despues las malograra un bárbaro desaseo; y es lástima que lo que merecieron por excelentes y selectas, lo pierdan por una barbarie inculta. Cansóse en balde la invención sublime de los conceptos, la sutileza en los discursos, la estudiosidad en la vária y selecta erudición, si despues lo desazona todo un toco desaliño.

Hasta una santidad ha de ser aliñada, que edifica al doble cuando se hermana con una religiosa urbanidad. Supo juntar superiormente entrambas cosas aquel gran patriarca arzobispo de Valencia, don Juan de Rivera; ¡qué aliñadamente que fué santo! y aún eternizó su piedad y su cultura en un suntuosamente sacro colegio, vinculando en sus doctos y ejemplares sacerdotes y ministros la puntualidad en ritos, la riqueza en ornamentos, la armonía en voces, la devoción en culto y el aliño en todo.

No gana la santidad por grosera, ni pierde tampoco por entendida; pues vemos hoy cortesana la santidad y santa la cortesía en otro patriarca, aunque no otro de aquel sino muy intimidador, el ilustrísimo señor don Alonso Perez de Guzman, que no se oponen la virtud y la discreción; y con el mismo aplauso se celebran en aquel gran espejo de prelados, tan cultamente santo y erudito, el ilustrísimo señor don Juan de Palafox, obispo de la Puebla de los Ángeles, y pudiera en singular por su ilustrísima, pues se llamó primero en profecía. De esta suerte se ve y se admira hoy tan culta la santidad y tan aliñada la perfección.

No solamente ha de ser aseado el entendimiento, sino la voluntad también. Sean cultas las operaciones de estas dos superiores potencias, y si el saber ha de ser aliñado, ¿por qué el querer ha de ser á lo bárbaro y grosero?

Tus hermanos fueron el despejo, el buen gusto y el decoro, que todo lo hermosean y todo lo sazonan, no sola la corteza exterior del traje, sino mucho más el atavío interior, que son las prendas, los verdaderos arreos de la persona.

Pero ¿qué inculto, qué desaliñado tenía la comun barbaridad el mundo todo? Comenzó la culta Grecia á introducir el aliño, al paso que su imperio. Hicieron cultas sus ciudades, tanto en lo material de los edificios, como en lo formal de sus ciudadanos. Tenian por bárbaras á las demas naciones, y no se engañaban. Ellos inventaron los tres órdenes de la arquitectura para el adorno de sus templos y palacios, y las ciencias para sus célebres universidades. Supieron ser hombres, porque fueron cultos y aliñados.

Mas los romanos, con la grandeza de su ánimo y

poder, al paso que dilataron su monarquía, extendieron su cultura, no sólo la emularon á los griegos, sino que la adelantaron, desterrando la barbaridad de casi todo el mundo, haciéndole culto y aseado de todas maneras. Quedan aún vestigios de aquella grandeza y cultura en algunos edificios, y por blason el ordinario encarecimiento de lo bueno, ser obra de romanos. Rastréase el mismo artificioso aliño en algunas estatuas, que en fe de la rara destreza de sus artifices, eternizan la fama de aquellos héroes que representan. Hasta en las monedas y en los sellos se admira esta curiosidad, que en nada perdonaban al aliño y en nada dejaban parar la barbarie.

¡Oh célebre museo y plausible teatro de toda esta antigua, griega y romana cultura! así en estatuas, como en piedras; ya en sellos anulares, ya en monedas, vasos, urnas, láminas y camafeos, el de nuestro mayor amigo, el culto y erudito don Vincencio Juan de Lastanosa, honor de los romanos por su memoria; gloria de los aragoneses por su ingenio; quien quisiere lograr toda la curiosidad junta, frecuente su original museo; y quien quisiere admirar la docta erudición y rara de la antigüedad, solicite el que ha estampado de las monedas españolas desconocidas, asunto verdaderamente grande, por lo raro y por lo primero.

Donde se extrema la romana cultura y el decoro, es en las inmortales obras de sus prodigiosos escritores. Allí lucen lo ingenioso de los que escriben y lo hazñoso de quienes escriben, compitiéndose la valentía de los ánimos de unos y la de los ingenios de los otros.

Conservan aún algunas provincias este heredado aliño, y la que más, la culta Italia, como centro de aquel imperio. Todas sus ciudades son aliñadas, así en lo político, como en el económico gobierno. En España reina la curiosidad más en las personas que en lo material de las ciudades, no porque sea mayor alabanza, que la barbaridad aún en lo poco lo es y desacredita. En Francia está tan válido el aliño, que llega á ser bizarría, digo en la nobleza. Estímense las artes, venéranse las letras; la galantería, la cortesía, la discreción, todo está en su punto. Préciense los más nobles de más noticiosos y de leídos, que no hay cosa que más cultiven los hombres que el saber. Entre muchos varones eminentes luce hoy el prodigioso Francisco Filhol, presbítero y hebdomadario en la santa y metropolitana iglesia de San Estéban de Tolosa, varón de igual ingenio que gusto, como lo prueban sus dos bibliotecas, la primera de sus obras, y la segunda de las ajenas.

Hijos son tuyos el agrado y el provecho, que si en un jardín lo que más lisonjea, despues del buen delecto de las plantas y las flores, es la acertada disposición de ellas, cuánto más en el jardín del ánimo merecerán el gusto, la fragancia de los dichos y la galantería de los hechos, realizados de la cultura?

Hállanse hombres naturalmente aliñados, en quienes parece que el aseó no es cuidado, sino fuerza; no perdonan al menor desórden en sus cosas; es en ellos connatural la gala, así interior, como exterior; tie-

nen un corazón impaciente al desaliño. Hasta en los ejércitos afectaba Alejandro la cultura, que parecían más, dijo el Cúrcio, órdenes de compuestos senadores, que hileras de desbaratados soldados. Hay otros de un corazón tan dejado de sí mismo, que no cupo jamás en él cuidado ni artificio, cuanto menos impaciencia; y así, todo cuanto obran lleva este desmedro de tosco y este deslucimiento de bárbaro.

Es circunstancia el aliño que arguye tal vez mucha sustancia, porque nace de capacidad, y porque lo tuvo en componer un fuego, acción tan servil y tan vulgar; el Taicosama fué primero argumento y ocasión, despues de llegar á ser emperador del Japon, de siervo particular á ser amo universal; prodigiosa fortuna, que los leños aliñados por su mano le pusieron ó le trocaron en un ceño en ella misma.

Ésta es (¡oh cultísimo realce del varón discreto!) tu esplendorizada prosapia; ¿qué mucho que seas tan válido entre personas, que si no las supones, tú las haces? De esta suerte las tres Gracias informaban al aliño, asegurando que todo lo dicho lo habían copiado del culto, bizarro, galante, cortesano, lucido, práctico, erudito y sobre todo discreto, el excelentísimo señor don Duarte Fernandez Álvarez de Toledo, conde de Oropesa.

HOMBRE JUICIOSO Y NOTANTE.

APOLOGÍA.

Muy á lo vulgar discurrió Momo, cuando deseó la ventanilla en el pecho humano; no fué censura, sino desalumbamiento, pues debiera advertir que los zahories de corazones, que realmente los hay, no necesitan ni aún de resquicios para penetrar al más reservado interior. Ociosa fuera la transparente vidriera para quien mira con cristales de larga vista, y un buen discurso propio es la llave maestra del corazón ajeno.

Es varón juicioso y notante (hállanse pocos, y por eso más singulares), luego se hace señor de cualquier sujeto y objeto, Argos al atender y lince al entender. Sonda atento los fondos de la mayor profundidad, registra cauto los senos del más doblado disimulo, y mide juicioso los ensanches de toda capacidad. No le vale ya á la necedad el sagrado de su silencio, ni á la hipocresía la blancura del sepulcro. Todo lo descubre, nota, advierte, alcanza y comprende, definiendo cada cosa por su esencia.

Todo grande hombre fué juicioso, así como todo juicioso grande; que realces en la misma superioridad de entendido, son extremos del ánimo. Bueno es ser noticioso, pero no basta, es menester ser juicioso; un eminente crítico vale primero en sí, y despues da su valor á cada cosa; califica los objetos y gradúa los sujetos; no lo admira todo ni lo desprecia todo; señala, sí, su estimación á cada cosa.

Distingue luego entre realidades ó apariencias, que la buena capacidad se ha de señorear de los objetos, no los objetos de ella, así en el conocer, como en el querer. Hay zahories de entendimiento, que miran

por dentro las cosas, no paran en la superficie vulgar, no se satisfacen de la exterioridad, ni se pagan de todo aquello que reluce; sírveles su criticque de inteligente contraste, para distinguir lo falso de lo verdadero.

Son grandes descifradores de intenciones y de fines, que llevan siempre consigo la juiciosa contracifra. Pocas victorias blasonó de ellos el engaño, y la ignorancia ménos.

Esta eminencia hizo á Tácito tan plausible en lo singular, y venerado á Séneca en lo comun. No hay prenda más opuesta á la vulgaridad, ella sola es bastante á acreditar de discreto. El vulgo, aunque fué siempre malicioso, pero no juicioso; y aunque todo lo dice, no todo lo alcanza; raras veces discierne entre lo aparente y lo verdadero; es muy comun la ignorancia, y el error muy plebeyo. Nunca muerde sino la corteza, y así todo se lo bebe y se lo traga, sin acaso de mentira.

¡Qué es de ver uno de estos censores del valor y descubridores del caudal! ¡Cómo emprenden dar alcance á un sujeto! ¡Pues qué, si recíprocamente dos juiciosos se embisten á la par, con armas iguales de atención y de reparo, deseando cada uno dar alcance á la capacidad del otro! ¡Con qué destreza se acometen! ¡Qué precisión en los tientos! ¡Qué atención á la razón! ¡Qué exámen de la palabra! Van brujuleando el ánimo, sondando los afectos, pesando la prudencia. No se satisfacen de uno ni de dos aciertos, que pudo ser ventura; ni de dos buenos dichos, que pudo ser armonía.

De esta suerte van haciendo anatomía del ánimo, exámen del caudal, registrando y ponderando tanto los discursos como los afectos; que de la excelencia de entrambos se integra una superior capacidad. No hay halcón que haga más puntas á la presa, ni Argos que más ojos multiplique, como ellos atenciones á la ajena atención; de modo que hacen anatomía de un sujeto hasta las entrañas, y luego le difinen por propiedades y esencia.

Es gran gusto encontrar con uno de éstos y ganarle, que si no es en fe de la amistad, no franquean su sentir; recátanse, que los que son prontos al censurar, son recatados al hablarlo; observan inviolablemente aquella otra gran treta de sentir con los pocos y de hablar con los muchos, pero cuando en seguro de amistad y á espaldas de la confianza desahogan su concepto, ¡oh, lo que enseñan! ¡Oh, lo que iluminan! Dan su categoría á cada uno, su vivo á cada acción, su estimación á cada dicho, su calificación á cada hecho, su verdad á cada intento. Admirase en ellos, ya extravagante reparo, ya la profunda observación, la sutil nota, la juiciosa crisis, el valiente concebir, el prudente discurrir, lo mucho que se les ofrece y lo poco que se les pasa.

Tiembla de su crisis la más segura eminencia y depone la propia satisfacción, porque sabe el rigor de su acertado juicio, que es el crisol de la fineza; pero la prenda que sale con aprobación de su contraste, puede pasar y lucir donde quiera. Queda muy calificada, y más que con toda la vulgar estimación; la

cual, aunque sea extensa, no es segura, tiene á veces más de ruido que de aplauso; y así, no pudiendo mantenerse en aquel primero crédito, dan gran baja los ídolos del vulgo, porque no se apoyaron en la base de la sustancial entereza. Vale más un sí de un valiente juicio de éstos, que toda la aclamación de un vulgo; que no sin causa llamaba Platon á Aristóteles toda su escuela, y Antígono á Cenon todo el retrato de su fama.

Requiere, ó supónese este valentísimo realce, otros muchos en su esfera, lo comprensivo, lo noticioso, lo acre, lo profundo; y si supone unos, condena á otros, como son la ligereza en el creer, lo exótico en el concebir, lo caprichoso en el discurrir; que todo ha de ser acierto y entereza.

Pero nótese que el censurar está muy lejos del murmurar, porque aquél dice indiferencia, y éste pre-determinación á la malicia. Un integérrimo censor, así como celebra lo bueno, así condena lo malo, con toda equidad de diferencia. No encarga este aforismo que sea maleante el discreto, sino entendido; no que todo lo condene, que sería aborrecible destemplanza de juicio, ni tampoco que todo lo aplauda, que es pedantería. Hay algunos que luego topan con lo malo en cualquier cosa, y aún lo entresacan de mucho bueno; conciben como víboras y revientan por parir, proporcionando castigo á la crueldad de sus ingenios; una cosa es ser Momo de mal gusto, pues se cura en lo podrido; otra es un integérrimo Caton, finísimo amante de la equidad.

Son éstos como oráculos juiciosos de la verdad, inapasionables jueces de los méritos; pero singulares, que no se rozan sino con otros discretos; porque la verdad no se puede fiar, ni á la malicia ni á la ignorancia, aquélla por mal fin y ésta por incapaz; mas cuando por suma felicidad se encuentran dos de éstos y se comunican sentimientos, crisis, discursos y noticias, señálese aquel rato con preciosa piedra y dedíquese á las Musas, á las Gracias y á Minerva.

Ni es solamente especulativa esta discreción, sino muy práctica, especialmente en los del mando; porque á luz de ella descubren los talentos para los empleos, sondan las capacidades para la distribución, miden las fuerzas de cada uno para el oficio, y pesan los méritos para el premio, pulsan los genios y los ingenios, unos para de lejos, otros para de cerca; y todo lo disponen, porque todo lo comprenden. Eligen con arte, no por suerte; descubren luego los realces y los defectos en cada sujeto, la eminencia ó la medianía, lo que pudiera ser más y lo que ménos. No tiene aquí lugar la pia afición, que primero es la conveniencia; no la pasión ni el engaño, los dos escollos celebrados de los aciertos; que si éste es engañarse, aquélla es un querer engañar. Siempre integérrimos jueces de la razón, que sin ojos ven más, y sin manos todo lo tocan y lo tantean.

Gran felicidad es la libertad de juicio, que no la tiranizan, ni la ignorancia comun, ni la afición especial; toda es de la verdad, aunque tal vez por seguridad y por afecto lo quiere introducir al sagrado de su interior, guardando su secreto para sí.